



Testimonio: el perdón en la familia

Cécile y Emmanuel HATEY

PRESENTACIÓN

Somos Cécile y Emmanuel Hatey, vivimos en Le Mans, al oeste de Francia. Llevamos 19 años casados y hace 14 años que pertenecemos a los Equipos de Nuestra Señora. Somos padres de una alegre tribu de 6 hijos, 4 chicas y 2 chicos: Salomé de 16 años, Augustine de 14 años, Domitille de 13 años, Maximilien de 10 años, Zélie de 7 años y Bosco de 2 años y medio.

CONTEXTO / INTRODUCCIÓN:

Cuando el Equipo Responsable Internacional nos pidió dar hoy ante vosotros nuestro testimonio sobre el perdón en familia, nuestra primera idea fue encontrar «argumentos para rehusarnos». No teníamos previsto venir a Fátima y tampoco teníamos ninguna experiencia extraordinaria en esta materia: ni una «gran» herida ni un «gran» perdón. Pero no podíamos contestar con un simple «no» a esta petición razonable de los Equipos de Nuestra Señora. Esto nos llevó a ir un poco más lejos en nuestra reflexión... Así, nos dimos cuenta que no dábamos en absoluto la misma importancia al perdón en la familia y al perdón en la pareja. Hasta ahora, nos habíamos centrado sobre todo en el segundo. Y, aunque viviésemos el perdón en familia, nos parecía que a veces le faltaba profundidad... Por eso, la invitación a dar nuestro testimonio ha sido para nosotros una oportunidad para empezar a vivirlo con más autenticidad.

El domingo siguiente a dar nuestra respuesta, el Evangelio de San Mateo, 18 que se leyó aquel día nos animó en la decisión que habíamos tomado; en él Pedro pregunta a Jesús cuántas veces tiene que perdonar a su hermano y Jesús le responde: «No te digo 7 veces, sino hasta 70 veces 7». El mensaje estaba claro: comprendimos entonces lo que el Señor esperaba de nosotros.

Para presentar nuestro testimonio, en un primer momento, os mostraremos un pequeño listado de cómo vivíamos el perdón en familia hasta el momento de la llamada de los Equipos de Nuestra Señora, y, a continuación, lo que posteriormente hemos realizado para ir progresando.



ESTADO DE LA SITUACIÓN

Gracias a la preparación al matrimonio que recibimos, gracias a los sacerdotes que nos acompañaban y gracias al Deber de Sentarse, vivíamos el perdón en pareja con bastante normalidad.

Por lo que se refiere al perdón en la familia, también estaba presente en nuestras relaciones familiares, pero lo practicábamos de manera menos estructurada, menos lograda que el perdón en la pareja. De todos modos, algo sí poníamos en práctica: tratar de pedir perdón a nuestros hijos cuando pensábamos que los habíamos ofendido. Cuidar de que, cuando presenciaban una discusión entre nosotros, fuesen también testigos de que nos pedíamos perdón en pareja. Instarles a pedir perdón siempre que hubieran ofendido a un hermano/hermana u otra persona. En el momento de la paz, en la eucaristía dominical, cuidar que intercambiasen algún gesto de cariño entre ellos y con nosotros (aún si eso conllevase cierto alegre desorden y algo de tiempo). También nuestra oración familiar invitaba a dar las gracias o pedir disculpas o decir «por favor». También solíamos tener (y seguimos teniendo) momentos privilegiados para recrear la unidad familiar cuando fuera necesario. Hubo, además, un momento señalado vivido unos años atrás: una marcha de perdón en familia en Lourdes. Para que cada uno de nosotros recibiera el Sacramento de la Reconciliación, esperamos «nuestro turno» juntos. Cuando nos reencontramos, estábamos todos «en un idéntico estado de gracia» (bueno, solo unos minutos, pues las disputas entre nuestros hijos se reanudaron rápidamente). Pero habíamos experimentado juntos el amor incondicional del Señor: el que nos permite también a nosotros amar y perdonar.

Pero el foco que hemos puesto en estos meses de reflexión sobre el perdón en nuestra familia ha hecho surgir lo que nos faltaba y que no nos permitía vivir un perdón auténtico.

Así, hemos llegado a darnos cuenta de que los actos de perdón mutuo compartidos con nuestros hijos o los de nuestros hijos entre ellos eran casi siempre repetir de forma precipitada un mismo esquema: una ofensa, un perdón (la mayor parte de las veces por nuestra intervención cuando éramos testigos de una falta) y, acto seguido, un beso de paz. Esto último, cuando ellos querían; cosa que ocurría pocas veces.

Sin embargo, y esto lo experimentábamos en nuestro perdón en pareja, este proceso tarda un tiempo. A veces el corazón necesita tiempo para pedir perdón y también para perdonar.



Esta precipitación se reflejaba también en el tipo de reparación (un «yo te pido perdón»/beso), sin tener realmente en cuenta la edad, la madurez o la sensibilidad de cada uno, pues el esquema ofensa/perdón/beso de paz se aplicaba sin otra consideración tanto a los pequeños como a los mayores, en cuanto veíamos alguna picardía.

Esto provocaba a menudo a rechazos y muecas en nuestros hijos que a regañadientes besaban en la mejilla al hermano/hermana (daba igual, por otra parte, si era el ofendido o el ofensor). ¡Esta última reacción podía, pues, «echar a perder» el camino al perdón!

Nos hemos dado cuenta, igualmente, de que nuestros hijos no pedían perdón de forma espontánea, no porque no tuvieran ganas, sino porque no tenían necesariamente conciencia del daño que infligían. O incluso porque, sencillamente, lo que podía causar daño al otro no les hería a ellos.

Una anécdota: una de nuestras hijas estaba una mañana enferma y no fue, por esto, a la escuela. Una hermana coincidió con las amigas de ella en el patio y les dijo que no vendría. Una de las compañeras le respondió que había un examen escrito... Nuestra hija, feliz de hacer una broma, les respondió que su hermana estaba enferma precisamente por eso. Esto provocó la risa de todo el mundo... menos de nuestra hija enferma que se sintió burlada y humillada por su hermana ante las amigas.

Con la edad, la comprensión de los matices se va abriendo paso. Afortunadamente. Salta a la vista que entre Salomé –16 años– y Zélie –7 años– hay una sutileza en la relación que se va adquiriendo con el tiempo.

NUESTROS PROGRESOS:

Basándonos en estos datos, nos hemos replanteado algunas costumbres familiares.

Empezando por las nuestras, en cuanto padres. Nos referimos a lo que todos los que estamos aquí conocemos como el Deber de Sentarse.

Hemos advertido que este corazón a corazón, llegado el caso, puede facilitarnos el proceso del perdón, sea hacia el cónyuge, evidentemente, pero también hacia los hijos. En efecto, cuando tenemos estos intercambios en pareja, seguimos un guión en el que uno de los puntos se refiere a: «¿en qué he podido haberte ofendido?».

Nos ha llegado a ocurrir en este momento del Deber de Sentarse, que uno de nosotros recuerda una frase o un comportamiento ofensivo con alguno de nuestros hijos, y eso nos facilita hacernos conscientes de que hay que pedir



Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

Fátima 2018

16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio

perdón. En este punto, la sensibilidad de nuestro cónyuge y su percepción de lo sucedido logran reforzar las de uno mismo y nos permiten tener una comprensión más fina de la realidad de nuestros hijos y de lo que vivimos con ellos.

De modo igualmente rápido hemos visto la necesidad de poder tener con nuestros hijos momentos exclusivos para ellos, para hablarles y para que puedan expresarse.

Así, hemos iniciado unas «entrevistas» a tres: un hijo y nosotros dos en torno a un desayuno.

El objetivo de este rato es, ante todo, crear espacios para hablar fuera del grupo de hermanos que a veces ocupa mucho espacio.

En caso de que algún hijo no recuerde espontáneamente lo que le haya podido haber ofendido, nosotros mismos le planteamos las preguntas: «¿Papá o mamá te hemos causado algún disgusto? ¿Tus hermanas y hermanos han sido groseros o hirientes contigo?».

A la inversa, cuando es el propio hijo el que ha dado alguna muestra de indelicadeza, el hecho de encontrarnos en pequeño grupo facilita las cosas para hacer memoria con él.

Tal como hemos dicho antes, nuestros hijos no siempre piden perdón pues no tienen conciencia del daño que causan. Por eso, nos ha parecido bueno ayudarles a medir sus actos y sus palabras y luego estimularles a dar el paso de pedir perdón. Estimular, no obligar; en ese punto es donde nuestro papel de padres se detiene respecto a los hijos mayores: el perdón es un impulso del corazón.

Respecto a los más pequeños, con todo, ponemos más el acento en la obligación, algo así como para que vayan aprendiendo los buenos modales.

Estos momentos privilegiados, finalmente, nos permiten estar atentos a la sensibilidad de cada uno de los hijos y entender mejor cómo viven los acontecimientos.

Inmediatamente después de hacer el listado, hemos reflexionado cómo mejorar el perdón vivido al interior del grupo de hermanos.

Hoy en día el paso de pedir y dar perdón hecho de forma más o menos rápida, automática y acompañada de un beso en la mejilla, o dar los buenos días no nos parece ya suficiente, aún cuando sigue siendo un punto clave, un arranque. Nos



Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

Fátima 2018

16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio

hemos dado cuenta de que el perdón se vive con todo lo que uno es. Con el corazón, sí, pero también con el cuerpo: somos seres encarnados.

Entre nuestros hijos, por otra parte, nadie lo vive de la misma forma. Algunos son más sensibles y tienen necesidad de ser abrazados por un tiempo más o menos largo, en los casos de que el perdón se dio por cosas muy hirientes. Con el resto una adecuada discusión tranquila a corazón abierto basta para restaurar los lazos.

Hemos notado también que en los pasos del perdón uno otorga de lo que él mismo es y que, para que esos pasos se vivan en verdad y profundidad, conviene tener en cuenta la sensibilidad de cada persona. El perdón es, de alguna manera, ir al encuentro del otro y la intimidad con que rodeemos estos momentos ayuda a ello.

Esta cercanía, evidentemente, hoy la tenemos en nuestra familia sobre todo nosotros, los padres, que la vivimos con ellos. Entre ellos, nuestros hijos no la tienen todos; depende, sobre todo, de su carácter más o menos expresivo. Con todo, nos decimos que si se la hacemos vivir, así quizás ellos podrán a su vez expresarse de esa manera más tarde.

Igualmente, hemos experimentado que un corazón ofendido puede ayudar a la otra persona a pedir perdón si, a pesar de la herida, se consigue mantener una mirada benevolente.

Las cosas no suelen ir, ciertamente, por este camino; más aún, cuesta: he sido herido, tengo, por tanto, derecho a esperar que me pidan perdón, bien plantado en mis posiciones.

Por eso, como es difícil, ¡no tengamos miedo de poner al Señor en el centro de nuestros conflictos!

Una tarde tuvimos en casa un gran griterío: una discusión que se inició por una fruslería. Emmanuel estaba de viaje y no había nadie más para calmar los ánimos. El enfado se extendió a todos: todo el mundo estaba en un estado de máxima irritación; o incluso, peor.

Pues bien, el único medio que encontré para romper este ambiente detestable fue ponernos cada uno en nuestro rincón y orar y esperar. Fue una tarde de muchas lágrimas, pero sentir el amor incondicional de Dios nos permitió: 1/ apaciguarnos, 2/ restablecer la relación de los unos con los otros, poniendo una mirada benevolente sobre cada uno, 3/ iniciar el paso hacia el perdón.



Equipes Notre-Dame

*Rassemblement International – International Gathering – Encuentro
Internacional - Encontro Internacional – Raduno Internazionale*

Fátima 2018

16-21 Juillet – July 16th-21th – 16-21 de Julio – 16-21 Julho – 16-21 Luglio

Nunca habíamos llegado a reunirnos así en una disputa (cada cual solía ir a su rincón a darle vueltas a la cabeza). En verdad creo que este cambio ha sido uno de los frutos de este tiempo de reflexión sobre el tema que nos ocupa aquí... sobre el perdón en familia.

CONCLUSIÓN

Para terminar, queríamos repetir que el perdón en familia va evolucionando en las formas y en la puesta en práctica, de modo exactamente igual que la relación que tenemos los unos con los otros. Los avances logrados estos últimos meses y que os hemos contado son, por tanto, solo una etapa. Presentimos que el perdón en familia se planteará de forma diferente, por ejemplo, cuando nuestros hijos sean adultos.

Para ayudar a que evolucione así, nos parece importante dialogar regularmente sobre el tema, pero también apoyarnos sobre los perdones que recibimos del Señor en el Sacramento de la Reconciliación, a fin de conservar este deseo de perdonar.